

La noche no colgaba del cielo,
supuraba de la tierra como un humo pernicioso.

La ruina del cielo, Luis Mateo Díez.

No necesito ninguna llave
para entrar en esta casa construida sobre cenizas;
ni la mezquindad de los muertos
ni las voces que se ocultan tras las paredes
me impiden ahora la entrada.
No necesito llave
para entrar en esta casa reducida a cenizas.

I

Juan

El pueblo duerme. Tras subir la escalinata que hay detrás de la iglesia, me he adentrado en la plaza de los tilos, atento a los ojos que podrían estar al acecho en la oscuridad; sin embargo, el pueblo parece dormir. Los gemidos de una pareja que provienen de la sombra de un árbol me han obligado a aligerar el paso. No creo que me hayan visto. Mis pasos son silenciosos en comparación con los suspiros de deseo que oculta cualquier otro sonido de la noche. Bajo el envejecido quiosco, un cuerpo yace en el suelo. Mis pasos resultan ligeros frente al caudal de la bebida dentro de un cuerpo inconsciente. No me ha visto. Y, sin embargo, sueño con volverme invisible en este pueblo que simula dormir. De vez en cuando, dejo el maletín repleto de documentos en el suelo, para descansar. Soy consciente de que mi más leve movimiento podría llamar la atención de alguien; no obstante, a pesar del miedo, por un instante, me invade el sentimiento de pasar completamente desapercibido en este pueblo que no hace amago de despertar. Oigo el aleteo de una tórtola en el último tilo de la plaza. Sé que cualquiera, desde el hombre más depravado hasta el niño más inocente, puede estar despierto a estas horas intempestivas, pero cuando, desde la sombra, observo con atención las ventanas y postigos que me rodean, el pueblo parece haberse sumido en un profundo sueño.

—¿Adónde vas, abuelo? ¿Adónde...? —El muro de piedra apenas logra sostener al borracho que siente tambalear el mundo que le rodea.

No creo que mañana este joven se acuerde de mí. Solo debo ser una aparición silenciosa e irreal entre los sueños y las pesadillas de la noche.

—¿Adónde vas a esta hora? —Sus gritos retumban en mi espalda.

Debo alejarme de prisa, antes de que logre despertar a alguien.

—Luego dirán de los jóvenes; siempre, de farra; siempre, borrachos... ¿Adónde vas, abueloooo?

A la sombra de un portal de la Calle Mayor, he intentado respirar pausadamente. La temible voz también se ha ido apagando en ese mundo líquido de las cosas que no se sostienen. Espero que nadie me haya visto. Es mi propio reflejo el que me observa con atención desde el escaparate de enfrente: sigo pareciendo el respetable y elegante anciano al que todos admiran. El maletín continúa en el suelo. Cualquiera tendría la certeza de cruzarse con un hombre de negocios; entonces, ¿por qué tiendo a ocultarme en la sombra? En la oscuridad, no logro distinguir la mirada azul en el hombre del

crystal. Abandono la sombra intentando convencerme de que aquel que busca refugio da la impresión de ser un vulgar delincuente; “nunca deberías olvidar tu objetivo; no te queda otra opción; solo hay una salida: la huida.”

Al volver a coger con determinación el maletín, ninguna mirada me observa desde las ventanas más cercanas. El pueblo parece más hermoso bajo la sombra de la noche y del silencio. Mi reloj de oro todavía no marca las seis, por lo que dispongo de media hora para recorrer el camino a la estación. Cuando, a finales de agosto, comencé a recorrer este mismo camino, mi cuerpo parecía sentir la premonición de la huida; sin embargo, la seguridad que proporciona la rutina hizo que la inquietud fuera relajándose, por lo que, aproximadamente a comienzos de este mes de septiembre, decidí variar las horas del paseo, buscando las más intempestivas, quizás para mantener la tensión que aseguraría mi protección. Después, interrumpí mis paseos. Hasta el día de hoy. Esta madrugada, cuando las más nimias preocupaciones han adquirido la consistencia de los asuntos más graves, esa tensión, la sensación de sentirme plenamente vivo, ha vuelto a aparecer. Además, este camino recorrido tantas veces en mi imaginación o en los sueños ahuyenta el miedo, proporcionándome la certeza de que todo saldrá bien. En mi vida, he procurado que cada paso, cada acto me beneficie, de una manera o de otra; hoy, debo seguir hacia adelante; es lo más conveniente.

–Sé que en tus manos estará bien –me susurró María con un hilo de voz, hace muchísimos años.

–No digas eso –musité.

Y en aquel momento, mis palabras eran verdaderas: me sentía incapaz de cuidar del bebé que había conducido a su madre a la antesala de la muerte.

–Debes seguir viviendo y luchando; no hay otra opción.

Y la angustia de mi mujer se diluyó en la noche que penetraba por la ventana. Tuve que encender la luz de la mesilla para que sus manos pudieran encontrar mi rostro.

Sin embargo, a pesar de los pronósticos de los médicos, los dos sobrevivieron. Quizás porque no se fiaba de mí o quizás porque era ella el aliento que necesitaba nuestro hijo, lo único cierto es que aquel cuerpo tan débil se recuperó. Después, vinieron unos cuantos años felices. Hasta que Mikel decidió marcharse a estudiar a Bilbao. En ese momento, la tristeza hizo otra vez su aparición y volvió a poner a María a las puertas de la muerte. Si a los ojos de la gente conocida la vida le obligó a continuar adelante, yo sabía que lo hizo como vive una planta, respirando inconscientemente, como hacen las sombras. Hasta el incendio. Aquel día, aunque el fuego no la encontró

en su cama, la cercanía de la asfixiante humareda pareció sumirla en una duermevela cercana a las pesadillas.

“Debes seguir adelante; no hay otra opción” le he querido susurrar al hombre que me observa desde el ventanal de la agencia de viajes.

Hace muchos años, aquel fuego devastó no solo los legajos y libros de mi oficina, sino también toda la información que guardaba mi ordenador y mi reputación como abogado. También destruyó los diarios y los libros de poemas de mi mujer.

Aquel día, Mikel se encontraba en casa.

–No puedo ver a la ama en este estado –me había comentado la víspera, antes de acostarse, en la sala iluminada por el televisor.

Fueron palabras de mal agüero. No contesté al hijo que, en aquel momento, se me antojaba desagradecido.

–No puede seguir así. –Mikel era incapaz de pronunciar las palabras que su madre nos repetía con insistencia.

María. Hace unos minutos, antes de salir a la oscuridad del pueblo, me observaba desde la fotografía en blanco y negro de nuestra boda. Aquel día, todavía podía endulzar con una sonrisa la frialdad que parecía producto del nerviosismo del momento. Sin embargo, todo fue cambiando: las palabras y sonrisas fueron disminuyendo hasta que se sumió en un triste silencio. No me gustaba que saliera a la calle en ese estado porque todos parecían percatarse de lo que ocurría dentro de nuestra casa; por eso comencé a salir solo y a reducir las visitas e invitaciones. Y ella siguió apagándose lentamente; sola, sin testigos.

–Me gustaría poder entender... –solía comentar al principio, cuando la realidad le sobrepasaba.

Fueron esas mismas palabras las que escuché cuando Mikel se marchó. También me ha parecido oírlas esta mañana. Es cierto que hacía el esfuerzo de superar la tristeza, pero no podía.

Hoy, cuando he abandonado la habitación, todo se encontraba en su sitio y bajo la tenue luz que provenía de la calle, la colcha amarilla intentaba cubrir con su brillo el mundo que iba a abandonar. Después, el camino tantas veces recorrido ha borrado todo rastro de tristeza con la falsa ilusión de seguridad que aporta lo conocido. Sin embargo, no he tenido en cuenta a Ikatz. Al comienzo del pasillo, el perro gimoteaba al lado de la habitación de Ángel Lizarralde, arañando la puerta con insistencia. Como su aullido iba

a llamar la atención de alguien sobre mis movimientos, le he tenido que abrir la puerta de la habitación a ese perro ratonero que es capaz de oler la cercanía de la muerte.

–“Paloma negra, paloma negra, dónde andarás...” –La debilidad del tambaleo ahoga con facilidad los gritos del borracho que avanza dando tumbos.

Espero que no me vea. La sombra de las farolas de la calle Zapa ha conseguido ocultar mis pasos. Nadie en la plazuela; nadie en Andre kale. Queriendo alejarme del borracho, he traspasado el arco medieval que deja atrás el casco antiguo.

Ikatz no había tenido cabida en mis planes y, por eso, su gruñido en el silencio del corredor me ha cogido desprevenido. Parecía estar al acecho de mis movimientos, y amenazaba con despertar a Kontxi de un solo ladrido. Es un perro misterioso que parece conocer muy bien el mundo que permanece oculto para los humanos, y que no se doblega ante las palabras y susurros de algunas personas. Desde que llegué a Sandiusterri, nunca ha querido acercarse a mí. Y debo reconocer que me alegro; los ojos de este perro guardián que nunca parece dormir resultan terroríficos. Pero, porque le conozco bien, porque he observado con mucho detenimiento su comportamiento, hoy por la mañana, sabía que el único modo de desembarazarme de él era abriéndole la puerta de Ángel.

Primero, he encendido temerariamente la luz del corredor para que pudiese ver mi mirada desafiante. Después, me he acercado lentamente, con el maletín en la mano. Sin palabras. Solo deseaba que se callara. Y solo por eso, me he encaminado hacia la puerta de Ángel. Ha dejado de gruñir en el mismo instante en el que he sujetado el pomo. Después, todo ha resultado sencillo: como ya no se preocupaba de mí, le he agarrado fuertemente del hocico. No ha podido huir. Lo he lanzado dentro de la habitación y los dos hemos conseguido nuestro objetivo.

Escuchando el sonido de mis pasos, pienso que, hace muchos siglos, la oscuridad de esta calle resultaría espantosa y temible: cualquier perro callejero o los gritos de un borracho perturbarían la noche, igual que hoy, pero, entonces, cuando la violencia suponía un medio para sobrevivir, el ruido más leve adquiriría resonancias terroríficas.

Siento que hoy, desde que me he despertado, la suerte me acompaña. Ikatz se ha tranquilizado nada más entrar en la habitación, y después, todo ha resultado más sencillo. Kontxi tiende a adormilarse en las últimas horas de su turno. Por eso, cuando la he encontrado en un sillón del vestíbulo profundamente dormida, sabía que no tenía nada que temer; los somníferos diluidos en su bebida han realizado su cometido.

Después, nadie ha podido impedir que cruzara la puerta de la entrada. Fuera, las dos farolas parecían reproducir la luz de luna, un resplandor que se me ha antojado más blanco y protector que nunca, aun sabiendo que, en cualquier momento, a plena luz del día o en la oscuridad de la noche, alguien puede cometer el crimen más horrendo.

Tras cruzar el antiguo límite de piedra, he salido a la calle Antzieta, que con su vertiente más abrupta consigue convertir en colina el antiguo pueblo. En el cielo oscuro, el humo de la fábrica de papel de Zikuñaga dibuja un simulacro de nube, y el monte Adarra logra diluirse en la negrura en este momento en el que nadie lo observa. Los ancianos que intentan descifrar el sufrimiento de los huesos observando las tormentas, las nubes y las nieves van desapareciendo poco a poco a mi alrededor. Pero, hoy, no había nada que comprender; la noche que se vislumbraba desde la ventana del botiquín era noche cerrada, oscura.

Este lugar silencioso y lleno de sombras es solitario a estas horas de la mañana. Todo sigue su curso. No hay de qué preocuparse. El destino parece ayudarme en el camino que debo recorrer.

El reloj marca las seis y diez. Sujetando con una mano la barandilla y con la otra el maletín, desciendo con cuidado por la ancha escalinata apenas alumbrada por cuatro viejas farolas. A mis espaldas, las ventanas del pueblo continúan apagadas. No sé por qué me preocupo tanto; ¿a quién le puede interesar un anciano?

De pronto, un sonido apenas imperceptible hace que vuelva el temor. Se trata de unos pasos que se acercan, un andar ligero y temeroso que parece también querer ocultarse, pero que, en el intento de conseguir su objetivo, solo logra azuzar mi imaginación y miedo. No consigo ver con claridad sin las gafas que he preferido guardar en el maletín para impedir que nadie me reconociera. ¿Quién será la oscura figura que sube la escalinata? ¿Un guardia municipal? No creo que todavía nadie haya tenido noticia del asesinato. Quizás se preste a ayudar a este anciano desorientado...

Sé que la persona que se acerca también se ha percatado de mi presencia; ha intentado refugiarse en el muro izquierdo, pero sin dejar de caminar rápidamente. Oigo sus pasos. Por si acaso, para disponer de ambas manos, he dejado el maletín en el suelo y he esperado. Se trata de una mujer. No consiguen ocultar su miedo bajo la hiyab, de modo que, al pasar a mi lado, ha ocultado todo su rostro.

–As-salam-u-alaikum.

El susurro y los ligeros movimientos le hacen sentir que no hay peligro. A cierta distancia, se ha parado y ha mirado hacia atrás. Un solo movimiento en falso puede

cambiar toda nuestra vida. Estoy seguro de que Ikatz sería capaz de percibir el temor de esta mujer, si no estuviera arremolinado a los pies de Ángel, lamiendo su fría mano. Al verme quieto, observándola, la mujer comienza a correr, despavorida.

Las seis y cuarto; todavía, temprano. La escalinata gira en un recodo en el que se encuentra una tubería rota. El agua, con su estruendo, borra no solo el sonido de los pasos de la mujer que se aleja apresuradamente, sino cualquier sonido que pudiera alertarme de que no estoy solo. Es temprano. Me he sentado en un pequeño mirador, sin apoyar la espalda en la vieja y herrumbrosa barandilla.

Hace ocho años, las dudas que me asaltaron mientras observaba el incendio de la Avenida de Tolosa no me impidieron conciliar el sueño, porque disponía de una certeza que me tranquilizaba: había llevado a cabo un acto planificado con detenimiento, igual que ahora. María, sin embargo, lloraba desconsolada observando el fuego que destrozaba toda la vida que guardaba en aquel séptimo piso. Aquella noche, tuvimos que alojarnos en el Hotel Ondarreta y a la mañana siguiente llamé a Mikel no solo para notificarle el incendio, sino también para darle noticia de la muerte de su madre. El médico nos indicó que había sufrido un ataque; parecía que aquellas llamas habían provocado el colapso de su débil corazón. Guardé todos los medicamentos y me aseguré de que el doctor no sospechara. Es verdad que también ayudó su predisposición a confiar en nosotros, antiguos pacientes a los que siempre apreció. Y María tuvo la suerte de tener una muerte dulce, como la de Ángel, de forma que, sin inmutarse, a la mañana siguiente, su mirada helada había pasado a un estado que no distaba mucho del de los ojos apagados que vi durante tantos años a mi lado, en casa.

Viniste rápidamente al hotel y cuando fuimos juntos a observar desde la calle los restos de nuestra vivienda, rodeados de vecinos, no me preguntaste nada.

–Toda nuestra vida... –repetí las palabras de tu madre.

–Toda nuestra vida... –Al cabo de tres días, esas mismas palabras dieron adiós a sus cenizas.

Nunca pude romper la unión del cordón umbilical y esa misma certeza me aseguraba que durante aquellos días no pronunciarías ninguna palabra, ya que la fortaleza en la que te protegías era la misma que la de ella: el silencio. Por eso me cogieron de improviso las palabras de rencor que me arrojaste unos días más tarde. Es verdad que no te las tuve en cuenta, ya que sabía que con la muerte de la ama habías perdido tu fuente de vida. Tampoco quise guardar ningún rencor por no haber

demostrado la compasión que merece un viudo o un padre. Y, sin embargo, nunca pude olvidar –y menos, perdonar– tus inesperadas palabras:

–Siempre supo de tus juegos sucios. Durante todo este tiempo, has creído que era ingenua, pero ella te conocía muy bien. Me lo confesó hace unos meses, cuando me regaló el diario de los últimos años.

Y en ese instante en el que supe que el fuego no lo había devorado todo, quise conocer lo que sabíais María y tú. Por eso cogí la llave que le habías dado a tu madre y entré en tu casa. Pasé bastante tiempo husmeando, intentando buscar sin éxito aquellos cuadernos. Sospechaste enseguida de mis movimientos furtivos, porque a los pocos días cambiaste la cerradura. Después, vino el silencio. Quisiste convertirte en huérfano de padre y eso me tranquilizó: nunca has sido una alimaña que ataque sin piedad; te has convertido, igual que tu madre, en un pobre chico que tiende a sumirse en la tristeza.

Y si hace ocho años cuando el fuego intentó devorar todo mi pasado fui capaz de seguir adelante, creo que ahora tampoco tengo de qué preocuparme. Me salva además no temer el único hecho inevitable, el definitivo: la muerte. La huida solo puede ser un paso hacia una nueva vida.

No hay nadie en la estación. La de hoy es una noche desnuda y silenciosa que la luz de las farolas querría ocultar. Hace mucho tiempo que cerraron la ventanilla para vender billetes y las máquinas sustituyeron al empleado que atendía con indolencia y hastío a los pasajeros.

Antes de esconderme en una esquina, me he acercado rápidamente al cubo de basura rojo. A pesar de que se esconde en la penumbra, tengo que actuar con rapidez: he metido el maletín abierto y después lo he rociado con el alcohol que he robado del botiquín de la residencia. Las llamas han hecho el resto.

Me he alejado de prisa y, escondido en un rincón, entre la máquina expendedora de billetes y la pared, me he quedado observando los diez pasos que me alejan de la vía. He recorrido tantas veces este camino en mi imaginación que ha adquirido el peso de un sueño premonitorio. Dentro de diez minutos, daré los diez últimos pasos.

El viento sur ha extendido en la noche el hedor de la fábrica. Pronto, los habituales movimientos de una mañana de sábado dibujarán el día y, como siempre, Nagore se sentará detrás del mostrador de la entrada. Pero, hoy, la muerte hará desaparecer por un instante el hastío de los trabajadores de la residencia: se necesita rapidez de movimiento para ocultar la quietud, angustia y tristeza que provocan la muerte de un anciano. Nagore notificará el fallecimiento a la familia de Ángel, y los

empleados de la funeraria trabajarán con premura para hacer desaparecer la ausencia de este anciano, que solamente dejará un vacío en la mesa. Por poco tiempo. En días como el de hoy, la principal preocupación es alejar pronto el automóvil de la funeraria.

Yo también dejaré un hueco. Pero solo se preocuparán cuando no me encuentren en la habitación, cuando Sara, la mujer que atiende nuestra mesa, intente buscarme sin ninguna urgencia, sabiendo que muchas veces acostumbro a bajar a desayunar más tarde.

Cinco minutos, diez pasos.

Entrarán en mi habitación y la verán ordenada: la cama hecha y, al lado de la fotografía en blanco y negro, una carta de agradecimiento y despedida.

Diez pasos y el viaje.

El resplandor del tren ha irrumpido con brusquedad en la noche. Se ha acercado a gran velocidad y el estruendo del claxon me ha inmovilizado contra la pared. El tren me espera, pero mis piernas vacilan. Carmen. Su tibio cuerpo guarda cierto parecido con la esperanza de la felicidad. Lo más probable es que nadie se dé cuenta de lo que esconde la muerte de Ángel; la muerte de un anciano en una residencia raras veces resulta sospechosa. A duras penas he llegado al banco rojo de hierro. Aire. Lo más importante es tranquilizarse y respirar, pero el hedor de este humo que ahoga... Espero que mi corazón se reponga. Con el pañuelo blanco intento secar el sudor de la frente. Me he peinado con la mano húmeda y ha sido entonces cuando he creído sentir la mano de María intentándome despertar de una pesadilla, protegiéndome, alejándome del tren. “Debes seguir hacia adelante; no hay otra opción...”.

Se ha encendido una luz en una de las ventanas que dan a la estación. El estruendo del tren rompiendo el silencio de la noche difícilmente dejará de tener un aire de pesadilla para el que sufre insomnio. Una sombra oscura parece observarme: un anciano cuya mirada se pierde en la noche debe parecer vulnerable bajo la luz de la farola. Quizás solo le haya asustado el fuego. En la oscuridad, el cubo de basura atrae las miradas como si se tratara de un faro, alejándolas del anciano que pretende esconderse en la penumbra. Me he sentado erguido y he mirado al reloj como lo haría cualquier viajero que espera su tren. Pero ni siquiera el gesto consigue ahuyentar la fragilidad que debo desprender para los demás y que procede más del silencio y la soledad de la noche que de mí.

Me he levantado y he mirado otra vez el reloj. La luz de enfrente se ha apagado cuando he vuelto a sentarme en el banco: esta noche y este solitario andén me pertenecen. Creo que, al abandonar la huida, la vida me ofrece otra oportunidad.

–Hombre, ¡buenos días! –La conocida y dulce voz de Irati precede a la mujer que acaba de aparecer del túnel de la calle Karabel–. ¿Qué anda usted a estas horas por aquí?

–Cuando no se puede dormir, mejor salir a pasear... –le he contestado sonriendo a la mujer que me acaba de prometer que no se lo contará a nadie.

–¿Y ese humo? –me ha preguntado fijándose en el cubo de basura.

–¿Humo?

–Sí, en ese rincón... ¿Qué tal si cogemos el ascensor? –Se mueve con ligereza para llegar puntual al trabajo.

En el cubículo de cristal, el fuego sigue poseyendo una atracción fatal.

–¿Quién habrá prendido fuego al cubo? Cuánta gente intentando llamar la atención... ¡No me lo puedo creer! Una sola llama puede poner en peligro el pueblo. ¿Qué es lo que llevará a la gente a hacer este tipo de cosas? Quizás haya sido algún borracho... Me recuerda otra época...

Las palabras de Irati retumban contra el cristal intentando imitar las llamas y volutas de humo que se disuelven en el aire. Intento no prestar atención a la verborrea que ha roto la quietud y el silencio de la noche, pero, de pronto, insiste en llamar a los bomberos, y vuelve el temor; ¿se habrán quemado todos los documentos?, ¿habrán desaparecido todos los datos que me podrían identificar? Y he implorado, como nunca, hasta el hartazgo, al inexistente Dios del fuego que haga desaparecer todo rastro que me convierta en sospechoso.

–No creo que debamos preocuparnos, Irati. Solo han prendido fuego a un cubo. Además, esta noche apenas hay viento; no parece haber ningún peligro... –Sus dedos ya han tecleado el número.

Al otro lado, una voz tranquila le ha prometido hacerse cargo de todo. Después, le ha pedido sus datos.

–Para cuando se muevan, ya puede arder todo Hernani... –Las palabras han huido del ascensor y han desaparecido en la oscuridad. Los inquietos movimientos de la mujer les han tomado relevo y han querido aligerar mi paso.

Después de traspasar el arco, nos hemos dirigido a Andre Kale. Camina deprisa, esperándome de vez en cuando. Mis pasos tampoco consiguen adecuarse a su ritmo y al

empedrado en el que he tropezado varias veces. Por eso, para ocultar mi torpeza y para mantener la elegancia ante la joven, me he tenido que detener a lo largo del camino; unas veces, para contemplar los vestigios del tiempo en la estrecha calle (la cercanía de las casas y ventanas logra todavía ahuyentar la soledad de la gente y, en verano, el ahogo del calor) y, otras veces, para decir algo agradable a la hermosa mujer que me acompaña.

–Nuestro poeta...

Son esas palabras las que han tranquilizado a Irati hasta acercarla a mi brazo; cualquiera que se asome a la ventana solo podrá oír el murmullo de una pareja que sueña con caminar abrazada.

–Le prometí a Nagore que llegaría a las ocho –me ha confesado sujetándome del brazo.

He sonreído al dulce perfume, a la juventud del brazo que parece una prolongación del mío, a la cercanía de su cuerpo. Al llegar a la plaza de los Gudarís, me he detenido a descansar con la excusa de mirar el reloj. El pequeño fuego que ha destruido mi pasado parece ahora lejano. Al cruzar por debajo de los arcos del ayuntamiento, por un instante, he soñado con un tiempo que eternice el camino al lado de la mujer.

–Juan, me gustaría preguntarle algo... –Una preocupación que no intentaba ocultar sostenía las palabras.

–Tú dirás... –Las mías intentaban evitar el distanciamiento del “usted” que me situaban cada vez más en el solitario mundo de los ancianos.

–Me han dicho que es usted abogado. –El verbo en presente ha conseguido rejuvenecerme en un instante.

He asentido y le he ofrecido mi ayuda a la mujer separada y con dos hijos, incapaz de ocultar su angustia.

–Problemas de trabajo... Otra vez se me acaba el contrato temporal y me gustaría pedirle consejo...

Al llegar al colegio Urumea, viendo que el camino llegaba a su fin, me he detenido a hablar junto al pequeño avellano, con el único objetivo de alargar el tiempo del paseo. Le he contado que, en el siglo XVII, en Inglaterra, se utilizaban horquillas de avellano no solo para buscar aguas subterráneas, sino también para condenar a asesinos y ladrones. Una ambulancia que se acerca por la calle Izpizua ha interrumpido mi relato. Irati se ha alejado de mi brazo, inquieta:

–¿Habrá ocurrido algo?

–No lo sé; alguien se habrá puesto muy enfermo... –le he respondido con una tranquilidad que enseguida he abandonado, pensando que, quizás, Ángel siga con vida.

No hay nada que temer: el coche fúnebre espera en la entrada.

–¿Qué ocurre? –le ha preguntado Irati al joven cuyo rictus se ha adecuado a su trabajo.

–Anoche falleció un anciano.

He escuchado la respuesta que deseaba.

–¿Podría mirar, por favor, de quién se trata?

–Ángel Lizarralde. –El hombre contesta sin levantar la mirada de los papeles, mientras sus compañeros introducen el féretro en el automóvil. – Nos marcharemos enseguida; no se ha despertado nadie todavía...

–¿Y la ambulancia?

–Otro ingreso: Leandro. La familia insistió en traerle el sábado por la mañana, muy temprano...

–Por favor, al tercer piso... Al salir del ascensor, solo tenéis que cruzar la puerta roja. –Las indicaciones de Nagore iban dirigidas a las nuevas enfermeras que sacaban a un hombre inconsciente del automóvil.

Nadie se ha percatado de mi presencia. “Debes tranquilizarte, Juan; para qué tanto nerviosismo, control y preocupación. Nadie ha percibido nada raro. Ha sido el miedo lo que te ha llevado a pensar en la huida. De todas formas, no todo ha sido inútil; por lo menos, has destruido los documentos y el pasado. Ahora, debes seguir adelante; no hay otra opción”.

Nagore nos ha resumido la historia de Leandro y, cuando las dos mujeres se han alejado cada una a su tarea, en mi mente solo ha quedado la visión del frágil anciano que, en la angustia de los primeros días, deseará, como todos, ansiosamente, mi ayuda.

Fuera, en el umbral, han aparecido la chica que conocí ayer y su madre, Tatiana. Su ayuda me puede venir muy bien. Sin embargo, no me he acercado; debo pensar bien los pasos que debo dar. Por eso, las he saludado desde dentro. En los ojos de la muchacha que acaricia a Ikatz, solo tienen cabida la ambulancia y el coche fúnebre. Es todavía una niña ingenua; desconoce que ese perro negro es de mal agüero, y que su aliento y mirada solo pertenecen a la muerte.

